

LUSSICH, ANTONIO (1848-1928)

DIÁLOGO ENTRE LOS PAISANOS

(Cantalicio Quirós y Miterio Castro en un baile del Club Uruguay)

ÍNDICE:

I

¿DEAÓNDE SALE GAUCHO CASTRO

II

HACE DOS O TRES SEMANAS

III

DENTRANDO, AL COSTAO DERECHO

IV

AL IGUAL QUE COMO EL POTRO

V

NI ENTRE SUEÑOS JAMÁS CREÍ

VI

TUITITO AQUEL CANCHERÍO

VII

COLAOS ENTRE LAS PALOMAS

VIII

YA MUY DENTRADA LA NOCHE

IX

TOCÓ LA GÜELTA A UN NACIÓN

X

LO MESMO QUE UN CAÑONASO

XI

Y DIA Y ROMPIERON EL FUEGO

XII

CRÉALÓ AMIGO QUIRÓS

DIÁLOGO ENTRE LOS PAISANOS

Tratando de un concierto musical y baile que tuvo lugar en Montevideo.

PERSONAJES

CANTALICIO QUIRÓS.
MITERIO CASTRO.

I

CANTALICIO QUIRÓS
¿Deaónde sale gaucho Castro
dispués de tan larga ausencia?...
En el pago, su presencia
ya no había dejao ni rastro.

MITERIO CASTRO
Viviendo de brinco en brinco
por esos mugidos de Dios,
y aquí me tiene Quirós...

CANTALICIO QUIRÓS
¡Vaya alargando esos cinco!

MITERIO CASTRO
La mano quiero apretar
del viejo amigo querido,
porque el soplo del olvido
nunca mi pecho hizo helar.

CANTALICIO QUIRÓS
¡Ya me largó un preludeo!
Si el rollo suelta del canto,
hasta puede darle un tanto
al sorsal con su gorgo.
Y apéese de una vez,

no ande orqueteao a lo gringo,
Sino desloma ese pingo
porque usté pesa por diez.

MITERIO CASTRO

Pero su cuerpo... es en bruto
mucho más pesao que el mío,
que lo tengo tan vacío
como el güeco de un cañuto.

CANTALICIO QUIRÓS

Mi peso es cuñao, de ley,
soy retacón y maciso,
y á usté su madre lo hizo
ternerito cuerpo e güey.

MITERIO CASTRO

Las comparancias no pierde
cuando puede echar un taco;
mientras mi zaino, de flaco
sólo compara lo verde.

CANTALICIO QUIRÓS

Le sacó al pobre la chicha
sigún lo aplastao que viene;
suéltelo pa que se enllene
pues si ayuna más, espicha.

MITERIO CASTRO

Mire amigo Cantalicio,
cuando usté ha sido muchacho,
dicen por ahí que era amacho,
y hoy ni sirve pa... un servicio.

CANTALICIO QUIRÓS

Paresé, no facilite,
que aunque tenga el pelo blanco,
no me creo nada manco
ni endesponido pa un quite.

MITERIO CASTRO

Eso sí, mas no es el de ante
en lo liviano y juersudo,
que en el trance más peludo
como toro era de aguante.

Y ansina es el animal,
hasta que puede, trabaja,
mas cuando afloja la caja
se entume en cualquier barrial.

Véalo junto al palenque,
ya ni puede con las carchas...

CANTALICIO QUIRÓS
Es que de juro en las marchas
lo habrá curtido a rebenque.

MITERIO CASTRO
Nunca con él fi corsario
y lo monto de potrillo.
Porque el zaino doradillo
siempre ha sido voluntario.

CANTALICIO QUIRÓS
Lárguelo ahí por esa orilla
que está muy tiernito el pasto,
sino allá, pa darle abasto
tengo un tendal de gramilla.

Apúrese y del tirón
rumbiaremos pa las casas,
pues a sacar por sus trasas
tamién viene delgadón.

MITERIO CASTRO
¡Siempre trucha mi aparcerero!..

CANTALICIO QUIRÓS
Por su mujer, amigaso
vaya el golpe de rechazo...

MITERIO CASTRO
¡Pucha gaucho terutero!
Al vuelo tuito lo atrapa
nunca lo agarran sentao...

CANTALICIO QUIRÓS
Si al que ha sido güen soldao
ni un resuello se le escapa.

MITERIO CASTRO

Como es tan escarbador,
ya me caló por encima
que traía floja la prima
y el buche como tambor.

CANTALICIO QUIRÓS

Algo hallaremos por áhi
con que entonar la barriga;
hay pronto un guiso de hormiga
y hachuras de bacaray.

MITERIO CASTRO

Es de mi flor la merienda
pa que usté le haga un amago,
pero antes alumbre un trago
que hasta el mondongo me encienda.

CANTALICIO QUIRÓS

Lo que es aquí, por chupanza...
el garguero no asujete,
tengo lleno hasta el gollete
un porrón... pura esperanza...

MITERIO CASTRO

Cuando alimenta, su voz
no es de juro desabrida,
pero en barriga vacida
esperar es cosa atroz.

CANTALICIO QUIRÓS

En el cuidao del umbligo
es usté gaucho afanoso;
Su vientre ha de ser un poso
de la vaciedá enemigo.

MITERIO CASTRO

Ya que se toma interés
por este pobre cristiano,
vámonos derecho al grano
y a calentarnos los pies.

CANTALICIO QUIRÓS

Belay viejo la cocina,
vaya empinando este frasco,
mientras preparo un churrasco

de ternera papafina.

Y córrase pa el fogón
porque la tarde está fría,
y suelte alguna armonía
de su fina ispiración.

Que gusto tendré en oirlo.
Tiemple hermano la guitarra,
que si en sus manos la agarra
saca más notas que un mirlo.

MITERIO CASTRO

Como quiere que me lusca
si mi canto es muy sencillo,
no le pida al candil brillo
ni brasa a la charamusca.

La voz de un pobre cantor
nunca da sonido dulce...

CANTALICIO QUIRÓS

Dispués que la viola pulce
brotará algo superior.

MITERIO CASTRO

Pues largaré sin rodeo
de mi pecho los sonidos,
entre una fiesta nacidos
de la gran Montebideo.

II

MITERIO CASTRO

Hace dos o tres semanas
que en este pago me encuentro,
habiendo andao por adentro
en el trajín de unas lanas,
donde perdí hasta las ganas...
de comer, de atribulao,
pues le di plata a un letrao
pa arranchar cierto negocio,
y era una liendre el tal socio
que me largó trasquilao.

Lo conocí a ese ladino
en una fonda mentada
ande va la paisanada,
junto al Paso del Molino;
frente a frente y de vecino
lo tuve en la misma mesa,
y mi fortuna traviesa
quiso que a él me ayuntara,
viniendo a costarme cara
la unión con tan güena piesa.

Comensó a meterme prosa
ponderando su gran sencía,
su vaquía, su esperencia
y qué sé yo cuánta cosa,
mentando su marcha honrosa
en tuito lo que emprendió;
Y tanto me engatusó
con el poder de su labia,
que aunque decirlo da rabia
el pueblerero me bolió.

Como mancha de tiñoso
al cuerpo se me pegaba,
mientras la cacha arreglaba
pa sambullirme en el poso.
¡Nunca creí que juera el moso
de tan mala encarnadura!
Pues era tal su dolsura
que al gaucho más abispao,
de juro le habría pegao
en medio a la matadura.

CANTALICIO QUIRÓS
¿Cuál hay d'ellos que no se abra
al compromiso más fiel?
Largan veneno entre miel
pa engañar con su palabra.
Al monte tira la cabra,
y ellos, tiran... pa el bolsillo,
porque amigo hay cada pillo
entre esa gente escrebida,
que en cuanto usted se descuida
lo dejan sin un cuartillo.

MITERIO CASTRO

Yo pasé por tal ebento,
a la otra tarde el criollaso
se me vino apuradaso,
cargao con un ducumento
de ganarnos mil por ciento
sin mucho sacrificar,
pudiéndole yo aflojar
algún unto de manteca,
pa darlo sobre poteca
de un chiquero junto al mar.

Pa más seña, en galantía
cierto tinterillo trujo,
aperao con mucho lujo
de pura chafalonía.
Dije, que pa mí no había
tal necesidá estremosa,
porque una persona honrosa
basta y sobra pa cumplir,
y al punto lo iba a servir
con gusto en cualesquier cosa.

Ahí nomás me descargó
una embestida a lo toro,
que de mil pesos en oro
esta chuspa rabonió.
Su vista relampaguió
cuando los tuvo en la mano...
¡Pucha, lo que es el cristiano
en tratándose de plata!
Como pa el queso la rata
y la osamenta el gusano.

Ya comenzó a voraciar,
y aquella mesmita noche
me acorraló contra un coche
pa dir al pueblo a bailar;
Diay me hizo desnudar
todito mi gaucho apero,
por un traje de pueblero
pa que anduviera aligante,
y abiao quedó en un instante...
Se entiende, con mi dinero.

Dende el sombrero a la bota,
de la sortija al relós,

quedé nuevito, ¡Quirós!

Y no lo digo en chacota
las patas le vi a la sota,
porque de tan paquetaso
daba andequiera gataso...
¡Lo que va de ayer a hoy!
Pues de desplurnao que estoy
tengo que dormir al raso.

Ese es el triste barato
que yo le debo a ese laucha.
¡Lindo me peló la laucha
embrollándome en el trato!...
Pero, amigo, a ser ingrato
jamás mi pecho se priesta.
Con él, gocé en una fiesta,
por él, le cuento esa historia
y no olvida la memoria
¡lo que tan caro nos cuesta!...

Diay salimos en collera
con rumbos a la riunión,
ande había una procesión
de coches en la tranquera.
Caía al batuque en chorrera
el gentío entreverao,
de la puerta apeñusco
correrse al patio quería,
pero un nación le pedía
el dentre a cada embitao.

Viejas, mosas, gordas, flacas,
ahí lucían sus petates.
Letraos, estrangias, manates,
mamporras y currutacas,
como rodeo de vacas
se dentaban al corral.

Y había cada bagual
con su piscoira del brazo,
que más de una vez mi laso
codicié... pa echarle un pial.

Cuando el momento llegó
de meter el cuerpo adentro,

nos salió un moso al encuentro,
po el boleto preguntó.
De soslayo miré yo
y vide a mi compañero
haciendo seña al puertero,
y qué sé yo qué le dijo,
que del modo más prolijo
nos dio cancha salamero.

Yo colejí de seguida
al ver tal comedimiento,
que le había aflojao ingüento
pa ganarle la partida.
¡Ansí amigaso es la vida!
Por más que el hombre bien obre
no teniendo unto de cobre
vive en el mundo maldito,
porque no hay mayor delito
que el andar jediendo a pobre.

Dicen que el tal chafalote
corsario es como carancho.
Le dan por mal nombre, Sancho.
Tiene ojos peidos, bigote,
muy recargao de cogote
y con patas de avestruz,
que es más ligero que luz
oí decir... pa los diudores,

¡Que juyen de sus amores
como el diablo de la cruz!
De juro que al verme allí
aquel gallego soquete,
habrá dicho a este paquete
«No es criollo de por aquí
»y viene a ver si se mete
»de arriba en el camuatí.

»con sólo reconocer
»la facha de ese lagaña,
»se saca sin mucha maña
»ni pretensión de saber,
»que esa nube debe ser
»del cielo de la campaña.»

Por eso que de soslayo

con desprecio me miró,
pues claro, no se animó
a enderesarme el caballo.
Y diría, «éste es mal gallo
»pa que lo desplume yo.»

Pero el día que lo encuentre
cortao, en cualquiera punto,
trataré de hacerle un dentre
pa arreglar tan fiero asunto,
sino el espinaso al vientre
en esa ocasión le junto.

Si hasta el compinche del trato
se alsó de mi compañía.
Quién sabe donde andaría...
Tal vez echando responsos,

pa engatusar a otros sonsos
con su libia y picardía.
No tiene suerte ninguna
el gaucho de nuestra tierra,
por demás su suerte es perra,
como perra es su fortuna.
Es mártil dende la cuna
hasta que el oyo lo encierra.

CANTALICIO QUIRÓS
No se aflija pues cuñado,
ya es cosa vieja y resuelta
que el mundo da mucha güelta,
y el día menos pensao
con la dicha se ha topao
y entonces ya no lo suelta.

Cierta vez cuasi la muerte
me larga al sol pansa arriba.
Ya había quedao sin saliva
de un atracón lo más fuerte.
Y el que en tuavía yo viva
lo debo a mi güena suerte.

Pero sería muy durable
la relación de ese cuento
y prefiero que usté hable,
pa que no se corte el tiento

de tan machaco bailable
que ha olvidao hace un momento.

MITERIO CASTRO
Corriente amigo Quirós,
vaya parando la oreja
que de mi no tendrá queja...

CANTALICIO QUIRÓS
¡Nunca lo permita Dios!
Siempre hemos de ser los dos
panal de la misma abeja.

MITERIO CASTRO
Pues ya que su pecho brama
ganoso de este barato,
no puedo yo ser ingrato
siendo amigo el que me llama,
y allí va un gajo de la rama
del árbol de mi relato.

III

Dentrando, al costao derecho
un cuarto cuajao había
de ropa y sombrerería.
El mostrador del despacho,
un getón muy vivaracho
a su cargo lo tenía.

Los combidaos le entregaban
lo que era estorbo pa el frito,
en cambio de un boletito
pa al dirse cobrar la prenda,
aflojando al de la tienda
po el cuidao un regalito.

Mi capacho que era blando
lo sambullí contra el seno,
recelando que al sereno
mi mate juera quedar,
que el bagual que muerde el freno
es malo de hacer parar.

Volví a acomodar la barba,

me eché pa tras la melena,
y con mirada serena
le tendí al campo un vistaso,
por si caía en algún laso
abrirme cancha sin pena.

Diay subí un escalerón,
¡cosa hermano nunca vista!
Mas ¿cómo pasar revista
a tanto mesclao recuerdo?
Que al querer seguir su pista
en un merenjel me pierdo.

Llegué por fin a la raya
de mi anhelo, con orgullo,
¡viera colarse este grullo!
Ande ni cabía una mosca,
pero dentraba al barullo
del cuerpo haciendo una rosca.

Y cuasi pierdo el resuello
al formar en el montón.
Me dieron tal rempujón
que a un gringo cuasi lo estrello
en la puerta de un galpón...
¡Pucha digo! ¡qué atropello!

Y a otro costao me largué
por librarme de esa gente,
pues vale más ser prudente
en algunas ocasiones,
que con la marca caliente
andar en tribulaciones.

Más como allí de gentío
estaba tuito relleno,
ni una cuarta de terreno
había pa retosar,
sólo logré campo güeno
dispués de mucho sudar.

IV

Al igual que como el potro
que en el campo lo bolea,

tiembla, bufa, corcobeo,
trastrabilla y se abalansa,
hasta que por fin se cansa
y de aplastao ni cocea.

Ansí al verme entre aquel lujo
me quedé medio abombao,
como sonso encandilao
trompesando a lo borracho,
y andaba de lao a lao
lo mesmo que perro guacho.

Pa más pior calamidá,
con las tantas caminatas
las botas se me achicaron
agrandándose las patas,
y tan despiao me dejaron
que iba arrastrándome agatas.

Si las mismas chiquisuelas
se me hincharon del ardor,
¡viera hermano! a lo mejor
sentía cada calambre
que hasta el cuero del matambre
me crujía del dolor.

Y al cuete es que el hombre clame
si la suerte no le liga,
cuando se muestra enemiga
hay que dejarla correr,
que al cansarse de... moler
suele venirse de amiga.

En ese apuro machaso
yo creía ver las estrellas,
pero amigo, esas querellas
son muy fieras de contar,
vale más hacer borrar
hasta el rastro de sus güellas.

Al sentir chillar mis callos
una tarimba pesqué,
sobre ella me acomodé
refalándome las botas,
y pa oriarse las colgué
porque sudaban a gotas.

Ya dende acuellas alturas
agüaitar podía a mi antojo,
y como tengo güen ojo
no se me escapaba nada.
Ansina es que no me encojo
al largarle esta plumada.

Estando en esa tarea
un moso se me apareció,
y sólo la boca abrió
pa decirme con voz ruda:
«Ya que descalso quedó,
¿a ver pues si se desnuda?»

Le retruqué de seguida
sin meniarme del asiento,
usté es hombre de talento
por supuesto... entre las uñas,
como el mío es del cimientito
le doy aire a las pesuñas.

Diay se quiso retobar
y cuasi suenan las latas.
Yo que juyo a esas fogatas
en campo de los puebleros,
metí en las botas mis patas,
llenas de respiraderos.

Rumbió el hombre pa otro lao,
yo seguí viendo la fiesta,
que en lo intrincao de la cuesta
la dejamos hace un rato.
Belay de nuevo el relato
ya que su atención me priesta.

V

Ni entre sueños jamás creí
ver ese mundo tan raro,
y a usté cuñao le reclaro
que de haberme en él metido,
aunque me haiga costao caro
no estoy nada arrepentido.

Entre mil luces brillantes
había un cielo recamao.
¡Nunca he visto más primores!
¡Nunca igual suelo he pisao!
¡Ni más sahumerio de flores
en la vida he respiraio!

Allí las plantas más raras
en lindas tasas lucían.
Allí los pieses se hundían
sobre flores olorosas
y vide allí ¡tantas cosas!
que nunca crei susistían.

¡Juna amante! ¡qué riqueza!...
Hágase cargo amigaso
que todo era puro raso
dende el techao hasta el suelo.
¡Si cuando oigo hablar del cielo
creo que aquello era un pedaso!

Y llenos de bordaduras
cada espejo era un portón
y no me apode embustero,
ni le cause admiración
si digo, que en uno, entero
se retrataba el salón.

¡Y qué cuadros! ¡virgen santa!
Pegaos contra la paré.
¡Boca abierta me quedé
mirándolos frente a frente!
Pues de pintura había gente
que crei más viva que usté!

El sillerío y cortinaje
estaba embolbido en oro,
y aunque el ñateo inoro
le juro sin tutubiar,
que al más santo aquel tesoro
era capaz de tentar.

Y unos asientos tamaños
que sufrís los o llamarse,
tenían como pa echare
espaldar de punta a punta,

y en ellos podía acostarse
de cuerpo entero una yunta.

Y redondeles de fuego
ciertos cañutos largaban
que colgaos del techo estaban.
Y tanto su brillo era
que ni un chiquito mermaban
al de un sol de primavera.

La soledá y las tinieblas
habían juido de aquel pago,
pues nunca encuentran halago
en donde reina la luz,
ansí es que a su solo amago
díay se hicieron repeluz.

VI

Tuitito aquel cancherío
estaba cuajao de mosas,
lindas, fieras y graciosas,
¡Pero bien encacharpadas!
Si algunas parecían rosas
del tallo ricién cortadas.

Era un enjambre en mistura
de rubias y de morenas,
unas sin gracia, otras llenas...
unas gordas y otras flacas,
y una punta de casacas
como pa alivio de penas.

Muchísimo me almiró
ver en sus cantores trajes
unas nubes de colgajes
de distintos pareceres.
¡Si esa noche, las mujeres
traían tuitos sus herrajes!

Cabeza, brazos y orejas
eran puros rilumbrones.
Tamién los ricos cinchones
que estreñían sus cinturas.
¡Pucha! daba comesones

mirar tan lindas figuras!

Si le hablo de sus vestidos
va de juro a hacer cabriolas,
y crea, no son mamolas
pues yo al verlas me almiré,
eran tan largas sus colas
como de aquí a la paré.

Y al contrario de adelante
estaban raboneaditos,
pa que sus pieses bonitos
se pudiesen admirar,
y algunos de tan chiquitos
al cuerpo lo hacían cimbrar.

Hágase cargo del resto,
vi cada hombro y cada brazo
tan redondiao y gordaso
que hasta el tino hacían perder.

¡Si eran tuitas al barrer
como pa cerrarles laso!

Yo me lambía al mirar
medio entre cribo escondidos,
sus blancos pechos fornidos
en un constante latir.
¡Dichoso el que en tales nidos
pueda tranquilo vivir!

No hay guitarra ni cantor
que acierte a dar con su acento
el justo merecimiento
a tal jardín de primores.
Sólo Dios con su talento
puede cantar a esas flores.

VII

Colaos entre las palomas
llenos de apuros y afanes
andaban los gavilanes
desentumiendo la geta,
y eran en lo charlatanes

como usté pa la limeta.

CANTALICIO QUIRÓS

¡Ya me largó un chaguaraso
pa no perder la costumbre!...
Que hombre habrá que no se alumbre
en la escuridá de la vida,
por que la santa bebida
mata cualquier pesadumbre.

MITERIO CASTRO

Largue al diantre sus retruques
y prieste mucha atención,
va usté a oír la rilación
de su trafalario apero,
comensando po el sombrero,
rematando en el talón.

Medio arisquiando, entre ellos
campo adentro me colé,
y este cuerpo acuquiné
contra un rincón de aquel cielo,
ande había entrao con recelo
y pronto me aquerencié.

Pero al creerme ya en la gloria
tal retumbaso sentí
que por cuasi me tendí.
Y la causa de ese pango
el farol jué de un chimango
que estaba en frente de mí.

Era un redondel lustroso,
muy renegrado y muy chato,
como de puro aparato
se daba viento con él...
Quién diría que aquel pastel
¡adentro encerraba gato!

¡Le hiso alguna brujería!
Pues sin dar la voz de asomo
hinchó aquella plasta el lomo
pegando tamaño salto,
¡y ahí nomás sin saber cómo
se cambió en sombrero alto!

Cuasi reviento de risa
al mirarle las chaquetas
que esos plumarios sotretas
allí traiban pa lucir,
las que tenían, sin mentir
más colas que tijeretas.

Por el frente, hasta el umbligo
a más tirar llegarían,
y del cuadril les salían
tapando el anca y bien junta,
dos anchas y largas puntas
que cóleras parecían.

El chaleco muy abierto,
arquetao en las orillas.
Pantalón ancho en los fondos
y estrecho en las pantorrillas,
pa hacer resaltar, orondos
sus teruteras canillas.

El botín bien charoliao,
las camisas estiradas
y corbatitas blanquiadas,
manos sujetas en guantes,
y unos cuellones tirantes
pegaos contra las quijadas.

Si le hablara de sus prendas
sería nunca acabar.
Paremos pues de contar
y mañana tempranito
seguiré pegando al frito
que tanto me dio que hablar.

QUIRÓS

Su lengua ha de estar muy seca
vuelva a empinar el porrón.
Nunca es larga relación
la de una historia que enllena,
y es la suya más que güena
porque encanta el corasón.

MITERIO CASTRO

Le doy las gracias Quirós
por tan delicao cumplido,

y aunque el canto pobre ha sido
téngalo por verdadero.
Es un abrojo nacido
entre aquel jardín pueblero.

VIII

Ya muy dentrada la noche
el fandango principió.
Diay una rubia salió
apadrinándola un viejo,
y en un sitio se paró
dando espaldas al espejo.

¡Si era la mira un pimpollo!
Tan humilde y sencillita,
como graciosa y bonita
diaonde quiera la mirara,
porque de cuerpo y de cara
era lo más parejita.

De una gran imprenturia
dicen que el padre es el dueño.
Criollo que pa un empeño
nunca ha fruncido el hocico...
No tocándole el bolsico
que es de difícil ordeño.

Pues como le iba contando,
la rubia en aquel momento
se allegó a cierto istrumento
y lo comensó a tantiar,
hasta que le hiso largar
el más primoroso acento.

Tendido de boca arriba
un palomar parecía.
Y en cada aujero tenía
linda copa de cristal,
que daba más armonía
que el canto de un cardinal.

Le juro, del intusiasmo
se hinchó hasta mi última vena,
al mirarla tan serena

arrancándole sonidos
que parecían los quejidos
de un alma que vive en pena.

Y ella muy suelta de cuerpo
a su albitrio se floriaba.
¡Juna airiante! si asombraba
ver que sus ligeros dedos
de un lao al otro, sin miedos
con prontitú los cambiaba.

Cuando acabó de tocar,
hubo de manos tal ruido
que yo me quedé aturdido.
Y ella llena de sonrojos
al suelo bajó los ojos
por el triunfo conseguido.

Luego otra ninfa llegó
dando la mano a un letrao,
hombre muy espabilao
oí decir... pa cualquier farra,
pues nunca hay junción bisarra
que él no sea el encargao.

Como toro era morrudo,
entrepelao de color.
Dicen que es rematador...
de meriendas, por supuesto.
¡Si en buche, da luz y resto
al nandú más tragador!

Siguiendo pues mi relato,
la mosa se jué a sentar
frente a una laya de altar
de relumbrante negrura,
¡que hasta tenía bordadura
en el mesuro respaldar!

Y estaba anchamente abierta
media tapa delantera,
formando muy blanca hilera
de un teclao fino y parejo,
que lustroso como espejo
aguardaba a la pueblera.

Ansi jué: la deidá aquella
una pregunta le hiso,
y él que estaba sobre aviso,
al sentir sus tiernas manos
le respondió muy sumiso
¡con relinchos soberanos!

Ya se le orquetó de firme
comensando el preludio.
¡Pero al llegar al punteo!...
La calandria más cantora
no lo iguala en el gorgo
¡cuando saluda a la aurora!

¡Pucha! ¡joyera cada nota!
¡Si daba calor aquello!
Yo aguantaba hasta el resuello
por no perder ni un sonido,
y aunque tocasen degüello
allí me habría sostenido.

Y ahí supe por un ladiao,
que esa pueblera donosa,
venía a ser de la otra mosa
muy allegada parienta.
Que en el piano tenía menta
de tocadora famosa.

Cuando la última queja
quedó de pronto apagada,
como descarga cerrada
un palmoteo sonó,
y ella toda colorada
pa su asiento se volvió.

Diay se vino otra muchacha
que pegaba su gatasa
con un apero a machaco.
¡Viera que aire retrechero!...
La traía un nación del braco
con facha de terutero.
... el piano la soltó,
... a ese istrumento
... tomó asiento
... a tentar;
... movimiento

... a cantar.

No anduve errao: abrió un libro
y al oír del piano el rasqueo,
largó un divino floreo
de su boca color guinda.
¡Sin desajerar, no creo
haber oído voz más linda!

¡Y qué cambios tan distintos!
Aura era alegre su canto,
dispués lleno de quebranto.
Ya redamando ternura,
ya cubierto de amargura.
¡Mas siempre cuajao de encanto!

Yo le asiguro Quirós
que me quedé disvariando.
Los oídos tenía sumbando
al mucho tiempo dispués.
¡Si hasta soñé alguna ves
que estaba a mi lao cantando!

Al morir l'último acento
de tan lucida canción,
en verdá, tuito el galpón
creí que se viniera abajo,
si era apludir al destajo
¡con las manos y el talón!

Enseguida les trujeron
unos ramos macumbeses
sostenidos en tres pieses.
De juro se los mandaron
los que hacían allí de jueces,
por lo bien que se portaron.

CANTALICIO QUIRÓS
¿Serían esas canciones
en criollo verdadero?.

MITERIO CASTRO
¡Se equivoca compañero!..
Tuito lo que allí han cantao,
jué en un aidomia estrangero
de lo más arrebesao.

Yo procuraba entenderlo
haciendo juersa de oreja,
pero era fiera madeja
pa poder desenredar.
Y al igual que comadreja
solo traté de agüaitar.

IX

Tocó la güelta a un nación
con facha de apolitano.
Traía un violín en la mano
lustroso y bien templaíto,
pa estar pronto al primer grito
que le diera el veterano.

Nunca creí que tal botija
con cuerpo y cara de pucho
habiera sido tan lucho
en manejar el violín...
¡Pero amigo, pa el serrucho
era un rayo ese flauchín!

Viene aquí bien el reflán,
que un matungo sin presensia,
suele a veces ser más diestro
que un pingo de resolbensia.
Ansí aquel, era gran maestro
bajo su triste aparensia.

¡Tocó y tocó de lo lindo!
Si hasta el aire parecía
que a escucharlo se tendía.
O que algún ángel del cielo
a la tierra bajaría
pa alumbrarlo con su anhelo.

Diay se allegó a las carreras
un tinterillo pansón,
echao pa atrás, retacón,
con tamañaso cogote,
de melena y de bigote,
y en ancas muy compadrón.

En cuanto pisó la raya
jué preparando su rollo.
Y al partir, ya mostró el pollo
tener púas atiladas.
¡Ah terne cumpa ese criollo!
¡Daban hipo sus floriadas!

Por, oirlo mejor, las jentes
asujetaron los frenos.
¡Créalo no era pa menos!
Y a más, me costa cuñao
que era el tal cantor, mentao
como güeno entre los güenos.

Dentro luego una morocha
comensándose a quebrar.
Yo le vide centellear
sus ojastos color tinta,
y que era muy rigular
se conocía por la pinta.

Siempre poca mi palabra
será, hay que yo la alabe.
Si hasta creo que ni el ave
de más templada garganta,
la aventaja cuando canta
a su voz tan dulce y suave.

Hubo una larga parada,
que asigun yo lo malicio,
jué pa despuntar el vicio
y echar algunas humadas,
mientras las hembras, sentadas,
prosiaban y hacían bullicio.

Más tamién pa ellas llegó
el momento del rescate.
Via usté a tanto manate
abrir cancha a duras penas,
llevádoles tasas llenas
de un traitibo chucolate.

Quise del gusto dar fe,
y aunque medio embaretao
de estar tanto acuquinao,
las tabas desentumí,

me desperesé y salí
con rumbos a otro costao.

¡Bien aiga el haber salido!
Si al creme ya en la cocina,
fi a dar contra una cortina
tras la cual viché a una mosa
sentada... en no sé qué cosa...
de música... muy divina.

¡Jué pucha! la china al verme
pegó una espantada tal
que creí que le diera el mal.
¡No era pa menos el tarro!
Si al destaparse, hasta el tarro
largó del susto el cordial.

Juyendo de tal sahumero
pa otro lao me abalansé,
pero ahí nomás refalé
al meter mi cuerpo adentro,
y del tobillo al encuentro
tuitito me rajuñé.

Y maldiciendo mi suerte
por andar tan en la mala,
sumbando entré como bala
pa el rincón diaonde salí,
diay vía tuito el camuatí
que se apiñaba en la sala.

A poco rato nomás,
se largó garifo y crudo
un petiso bigotudo
de melón medio alumbrao,
pero muy bien enfachao
con trasas de copetudo.

Y ya abrió su boquerón
como un horno de tamaño,
¡viera usté chorriar el caño
de aquel getón tan rebusto!
Que el mirarlo me hacía daño
y escucharlo daba gusto.

¡Tenía el bárbaro una voz!...

Igual a la de un sereno
que en el pueblo solía oír.
¡Si era aquello como trueno!...
Pero debía ser muy güeno,
¡pues lo hicieron repetir!

Otras hembras y varones
lucieron allí su hechiso,
y al decir ¡ya entubo el guiso!
Aquel gran cajetillaje
sacó del medio el sillaje
y pa el baile cancha hiso.

X

Lo mesmo que un cañonazo
de pronto allí retumbó
que el cotorro alborotó,
si jué como disparada
de tropa que está encerrada
y entre la noche se alsó.

Y ya enrabaos cabrestiendo
tronaron distintos sonos
de cajas y guitarrones,
y otros muchos istrumentos,
que hasta rayaban los vientos
con sus lindas tonaciones.

Estaban los musiqueros
entre un cerco acorralaos,
del gentío separaos,
teniendo al frente en hilera
largas mesas de madera
con sus libros preparaos.

¡Bien aiga! cómo seguían
tan lindamente el compás
que marcaba un capatás
con su cañita en la mano,
que cortes de punta y plano
daba... al aire, en un sastras.

Entre ellos había un jastial
de cachetes reformidos,

que daba tales soplidos
como pa desgañitarse.
Si en uno de esos bufidos,
¡creí que juera a reventarse!

Y otros cuantos mariquitas
de fachas lo más urañas,
con unas flautas de cañas
se floriaban compadrones,
queriendo hacerse los lions
con figuritas de arañas.

XI

Y diay rompieron el fuego
unos caras mal lambidas;
Personas muy conocidas...
¡En alguna banca al fiao!
Que andaban de lao a lao

rastrando a sus consentidas.

Talvez muchos de esos quiebras
que allí sacudían las latas,
andarían... como ratas,
apuesto a que del bolsillo
colgándolos de las patas,
no les caía ni un cuartillo.

Al crer que dían a bailar
me llevé tamaño chasco...
alcance cuñao el frasco
que voy dentrando en calor...

CANTALICIO QUIRÓS
Belay, cópelo sin asco
que es un guindao superior.

MITERIO CASTRO
¡Hasta verte vida mía!...
¡Si en mis brazos la tuviera!...

CANTALICIO QUIRÓS
Destape pues la hechicera
que lo tiene tan blandito...

de juro alguna pueblera
lo ha pialao en aquel frito.

MITERIO CASTRO

¡Me dio usté en la matadura!...

CANTALICIO QUIRÓS

¿Cuándo diantre he sido lerdo?...

MITERIO CASTRO

Es verdá, cuasi me pierdo
pastoriando a una deidá,
que dende esa noche está
ayuntada a mi recuerdo.

CANTALICIO QUIRÓS

Quién es la favorecida
pa ofertarlo una corona?...

MITERIO CASTRO

Jué una criolla comadrona
hasta en el modo e pisar...

CANTALICIO QUIRÓS

¡Qué cuero pa una carona
con ella pudiera armar!

MITERIO CASTRO

Pa cuero no hay como el suyo
que está pior que chicharrón...
Y oiga pues la rilación
de aquella traidora china,
que me largó con la espina
clavada en el corasón.

Con el fuego de sus ojos
más grandes que patacones,
me encendió hasta los riñones.
¿Y a quién no lo habrían ardido?...
Si parecían dos tisonos
¡de ñandubay bien prendido!

Como el forro de este poncho
tenía labios coloraos,
y unos cachetes rosaos
a cual más gordo y masiso,

igual en lo redondeaos
al anca de ese petiso.

Ni canilla de bagual
aventajaba en blancura
a la de aquella hermosura.
¡Ni el sauce que cimbra el viento
tiene mejor movimiento
que su graciosa cintura!

Yo por sólo una esperansa
de aquella mujer querida,
hubiera dao media vida.
Felis la pulga, que al menos
por su sangre sostenida,
vive y muere entre sus senos.

Si era esa criolla más rica
mirándola po ande quiera,
que costillar de ternera
para un pobre muerto de hambre.

¡Ay hermano! quién pudiera
meterle diente a ese fiambre.

CANTALICIO QUIRÓS
Dejesé de tanta prosa
y vaya derecho al grano...
¡Pucha con el cristiano
cuando el amor lo calienta!
Del chaparrón más liviano
suele hacer una tormenta.

MITERIO CASTRO
No tuvo aquello de baile
ni siquiera el preludio.

Se volvió puro paseo
cada cual con su pareja,
pa menudiar lengüeteo
pico a pico y a la oreja.

No quedarían hacer sudar
sus delicadas masetas,
mientras que sus largas getas
chichoniaban al botón,

porque de aquellos lambetas
a cual era más chichón.

Sólo un moso achinaíto
de patas medias carribadas
y muy charcón de quijadas,
corría po esos salones
con las riendas aflojadas,
sacudiendo los garrones.

Asigún avirigüé
pastoriaba a una ricacha,
que le conoció en la hilacha
que traíba mala intensión,
pues largó a ese cucaracha
como a trapo, en un rincón.

Al ñudo se reditía,
de balde se le apariaba
y al cuete la enamoraba.

Ella en vez de su ternura,
al infelís lo trataba
pior que si juera basura.

Ansina es siempre el amor
cuando no hay correspondencia.
Sólo puede la pasensia
calmar sus fieros rigores,
porque ni la mesma ausensia
sabe templar sus ardores.

Pueda ser que aquella ingrata
que hoy lo tiene a mal traer,
llegue un día a comprender
lo que ha sufrido ese criollo
y al fin, le dé por querer...
¡Sambullirlo entre algún oyo!

Al nudo el musiquerío
redoblaba las sonatas,
¡pero qué! a esos papanatas
en el baile chapetones,
se le empacaban las patas,
o eran flojos de tendones.

Yo me reíba compañero
sin poderlo remediar,
viéndolos aparentar
dándose aires de muy luchos,
siendo sólo unos matuchos
que ni sirven... pa puntiar.

Ande no se muestran lerdos
es cuando siguen la pista
campiando alguna conquista
de riñones bien forraos...
¡Pa eso sí! los condenaos
nunca son cortos de vista.

Y de tan escarbadores
parecen muertos de antojo,
se pegan como el abrojo
siendo güena la parada,
porque pa sacar tajada,
¡saben lindo echar el ojo!...

Siguiendo pues mi relato,
al ver tanta endiferencia
se me escapó la pasencia.
¡Si esa gente es pura labia!
Créame, que de la rubia
andaba... como la ausencia.

En vez, el estrangeage
sin andarse con floreo,
le prendía al macaneo
sin mesquinarle canillas,
llevando en el pataleo
por delante hasta las sillas.

Me gustan esos nasiones
que sin meniar la sin güesos,
le pegan firme a los quesos...
haciéndole al techo señas,
porque andan como cigüeñas
estirando los pescuesos.

En desentumir la geta
no pierden tiempo al botón,
sólo dan combersación
y es lo que más les encanta...

Al gollete del porrón
sin pijotiarle garganta.

Yo que presumo de listo
tamién dentré al entrevero,
y fi derecho al lucero
que dende hoy le vine hablando...
La que me largó sumbando:
«En baile estoy caballero.»

¡En ese instante! la vida
vendo por una bicoca.
Si hasta creí que por la boca
me saltara el corasón
y ñublada, inquieta y loca,
¡sentí mi clara rasón!

En cuanto mi hube calmao
del proceder de la ingrata,
salí de allí... como rata,
yendo a embitar a otra china,
y me retrucó la endina:
«Me duele mucho la pata.»

Por cuasi deshago el baile
de tan caliente que estaba.
Si hasta el pelo me sudaba...

CANTALICIO QUIRÓS
Son los golpes de la suerte,
y al cristiano que le acierte
le hace dar güelta la taba.

Siguro que las puebleras
le sacaron por la falla
que usté no era de su laya.
Y al verlo medio despiao
habrán dicho «este ladio
no pasa de un gran morralla.»

MITERIO CASTRO
Vi que por carta de más
me miraban en la cancha,
pero amigo, hice pataancha,
y dije «si he de vivir,
antes que llegue a morir

tomaré güena revancha.»

Y en menos que canta un gallo
fi a clavar derecho el pico
contra una cara de cuico
que estaba sobre un sufás,
lo más echada pa atrás
bailando... con su abanico.

¡Jué pucha! se le abrió el cielo
al ver que me le apariaba,
tamién la infeliz estaba
dentro de aquella riunión,
más clavada que mojón
porque mides la sacaba.

Le gané el lao de las casas,
y la pobre me echó un tiento
ofertándome el asiento.
Pero al dirme a acomodar

largó tal jedor su aliento
que tuve que disparar.

Si parecía hecho adrede
pa clavarme en la estacada,
ya con Palma sobajada
por desengaño tan rudo,
volví pa mi arrinconada
corrido como peludo.

Al juir de aquella tarasca
formó en dos filas la gente,
y aliniaos de frente a frente
se pusieron en batalla,
pa ver cual era el valiente
que mejor cáia a la raya.

Diay vino un desbarajuste
de topadas y meneos,
sacudidas, sapateos,
saludos y morisquetas,
remilgues, partes, piruetas,
atajes y culebreos.

Allí estaban las fierambras

mesturadas con pimpollos.
Gallos viejos entre pollos,
milicos y cajetillas.
En fin son puros embrollos
las tan mentadas cuadrillas.

Entre aquel tendal de estrellas
que alumbraban el salón,
causó grande admiración
cierta orientala de ley,
que aunque de cuerpo de güey
tenía blando el corasón.

Le galopiaba al costao
un gaucho de facha rara.
Muy largo y fiero de cara,
lampiño, pelo encrespao,
pa más señas tan delgao
como caña de tacuara.

Redepente paró el baile,
el clarín tocó a merienda.
Y ya salió como hacienda
la gente, de aquel corral,
largándose a la trastienda
pa echare al buche un cordial.

XII

Créaló amigo Quirós
que a tiempo jué la llamada
pa tan fina combidada.
Tenía rialmente un hambre
que tragao habría un matambre
de una sola bocanada.

Calculo que los demás
el buche lo traíban seco,
y en asegurar no peco
que habla entreellos más de uno
que iba allí... a llenar el güeco
¡quién sabe de cuánto ayuno!

Diay, a la gata parida
adelanté hasta un saguán,

y al igual que gabilán
me le prendí fiero a un gringo,
hasta sentar justo el pingo
en la raya de mi afán.

.....
.....

Si el baile era de lo lindo,
la música de mi flor
y el canto resuperior...
¿Qué le diré compañero
de aquel paraíso hechicero
que se llama comedor?

Entre ramos soberanos
cuajaos de olorosas flores
de tuita laya y colores:
jarrones, copas y juentes
con adornos diferentes
y otro mundo de primores:

De meriendas muy cuajada
había tremenda mesa
de extraordinaria limpia:
creo que el gaucho más templao
allí quedára abombao
almirando tal grandesa.

¡Y era tanta la comida!
Que al pensarlo me redito,
y se me abre el apetito.
Sería nunca acabar
si comensára a charlar
de aquel manantial bendito.

¿Bebida? ¡había más que peste!
Viera cuñao ¡cada frasco
como pa esgolletar sin asco!...
Si tuve la tentasión
de atropellar al montón
aunque me hicieran churrasco.

Mirar aquello mareaba:
Mis ojos saltar querían
y las sienes se me hundían.
La geta se me agrandaba,

las narices se me abrían,
¡y el corasón me saltaba!

Y ya al cerco atropellé
encegao por la codicia,
le hice a un viejo tal caricia
que a retaguardia quedó,
y campo libre dejó
pa abrir paco a la justicia.

Ya con el garguero pronto
al dentre me preparé,
un acomodo busqué
pa templar un poco el frío
de mi estómago vacío,
y no quedarme de apié.

¡Pero esa noche! la suerte
en todo me reulaba.
Cuando ya tan créído estaba
de atarascar la barriga,
se me dio güelta la taba...
¡Ni había sitio pa una hormiga!

Es que el primer escuadrón
se apoderó por solpresa
de la codiciada mesa.
Lo formaban los casorios,
muchachas y vejastorios
que embuchaban sin peresa.

¡Puclra! y cargaban de firme
a las presas más sabrosas,
por igual viejas y mosas
plumarios y tinterillos.
Con miradas afanosas
tragaban a dos carrillos.

Y una camada de mosos
de aperos muy paquetones,
eran los que hacían de piones
pa tráír y llevar los platos,
y destapar los porrones...
Cobrándoles el barato.

Conocí que esos linternas

entendían el oficio,
pues entre aquel estrupicio,
eran listos por demás,
sin nunca quedare atrás
pa cumplir su güen servicio.

Los tomé mucho cariño
por su modo y agasajo.
Me di con uno al destajo,
el cual me sirvió de mucho...
Sin él, talvez nada embucho
entre tanto malandrajo.

A retaguardia quedaban
los cajetillas, paraos;
Y lo más desimulaos
cuando a las hembras servían,
también sus hornos enchían
con tremebundos bocaos.

Y entre jarana y chacota,
entonaban bien la pansa
con comestible y chupansa.
Mientras yo esperaba ansioso
como ternero goloso
que a la vaca se abalansa.

¡Y qué bocas! ¡madre mía!
Créí que me iba a quedar
con las ganas de mascar,
al ver aquellos tragones
que parecían cimarrones
po el modo de voraciar.

Los remilgues delicaos
quedaron puertas ajuera
de aquella riunión pueblera.
Si esos finos pelagatos
sólo a los frascos y platos
su atención tenían entera.

Por fin se jueron al diante
hartos de fiambre y bebida...
Yo diay me colé enseguida
contra una silla que al frente
tenía ¡cada comida!

como pa dar gusto al diente.

Ansí calmó la ansiedá
que tanta angustia me dio;
Más pegao que saguaipé
mi cuerpo clavao quedó
en el sitio que agarré
¡y que tanto me costó!

Lo mesmito que su pingo
al sacarle usté hoy el freno
se agachó como hijo ajeno
a voraciar entre el pasto.
Ansí a mí se me hiso güeno
aquel campo pa hacer gasto.

Y ya sin más preludeo
comencé a pegarle al frito,
sin mermarle ni un chiquito
en merienda y chupandina,
se entiende, de la más fina
pa templar bien mi apetito.

Estando ya medio en chiche
y cuasi del todo hartao,
ricién bide a mi costao
que algunos me señalaban,
se réían y me miraban
como a macaco enjaulao.

Y estaba entre dos piscoiras
como cristo entre judíos.
Pero siempre tengo abios
cuando se presenta el caso,
y áhi más listo que bolaso
cargué con tuitos mis bríos.

Yo malicié que las criollas
me guiñaban de soslayo,
y dije: «si me les callo
voy a salir como... cuete».
Pa no servir de juguete
áhi no más les canté el fallo.

En lo mejor de mi prosa
soltaron la carcajada...

Y jué por menos de nada...
un regüeldo, que mi pecho
de tan lleno y sastifecho
le dio fácil escapada.

Diay se alborotó el cotorro:
la broma fue general,
y me vide medio mal
pues gritaban esos brutos:
«¡Que salga el de los erutos!...
¡Vayasé gaucho animal!

Medioapretao por tal carga,
maliciando un fiero tumbo
de resultas de algún chumbo,
gané la puerta de un brinco,
y áhi no más me puse a rumbo
como tres y dos son cinco.

Habiera hecho pata ancha
pero ¿afigúrese cómo,
sin embenao y sin plomo?
Tomé como güen partido
salir de allí... aunque corrido,
por salvar mi pobre lomo.

Al dirme ya se acababa
tan delicioso pandero,
donde cuasi pierdo el cuero
y los morlacos dejé,
pero a él debo el darle fe
de un gran festival pueblero.

FIN